

poema manuscrito de Fray Alonso de Escobedo, que fue con ellos. Fue un viaje muy accidentado, con episodios de piratas y aventuras extrañas, hasta que los Misioneros llegaron por fin al convento de San Francisco de la Habana, de donde volvieron a partir hacia la Florida el 29 de septiembre, arribando a San Agustín de la Florida el 6 de octubre y siendo pronto distribuidos por diversas Misiones.

Como conclusión, podemos afirmar que el célebre Fr. Baltasar de Castro — que tan perfectamente encaja en el contexto de los acontecimientos descritos — no es otro que Fr. Baltasar López, a quien sin duda se le llama «de Castro» por ser natural de Oja-Castro, y se le hace de Burgos, por pertenecer como Religioso a la Provincia franciscana de Burgos, de la que formaba parte también Rioja. Tal vez con estos datos no sea difícil hallar en los Archivos de Ojacastro algún rastro relativo al Misionero, aunque seguramente no habría aún en la fecha del nacimiento de Baltasar libros de bautizos para identificar.

FR. I. OMAECHEVARRÍA, O.F.M.

FR. JOSE MATÍAS MORENO, O.F.M.

#### UN MÁRTIR RIOJANO A ORILLAS DEL COLORADO

El apostolado misionero de la Iglesia recibió un nuevo impulso durante el siglo XVIII gracias al celo de los Seminarios de Misiones o Colegios Apostólicos de Propaganda Fide que comenzaron a implantarse en Europa y en América en los últimos años de la anterior centuria. Fue como una nueva corriente de espíritu misionero que electrizó y sacudió las almas de los frailes más fervorosos, que soñaban con ilusión mística en la conversión de los infieles y en la palma del martirio.

El primero de los Colegios Apostólicos de Propaganda Fide de América fue el de la Santa Cruz de Querétaro, fundado en 1682, aunque el de San Fernando de México alcanzó quizá mayor celebridad por ser cuna de las Misiones de la Alta California, en cuya roturación se inmortalizó Fr. Junípero Serra.

Conviene que hagamos una pausa. Los Colegios Apostólicos de Propaganda Fide tenían sus estatutos pontificios y sus reglamentos cargados de experiencia. Las reducciones de la Al-

ta California, por ejemplo, se pudieron considerar como uno de los frutos más perfectos y maduros de unos métodos de evangelización llevados a un muy avanzado grado de desarrollo. Resulta interesante comparar las antiguas reducciones jesuíticas del Paraguay o las reducciones capuchinas de Venezuela con las Misiones franciscanas de California. Pero el interés sube de punto si se quiere establecer la comparación entre las Misiones californianas, fundadas por los frailes del Colegio de San Fernando de México, y las Misiones de Texas o las del Río Colorado, encomendadas al Colegio de la Santa Cruz de Querétaro, cuyo fracaso, con el glorioso martirio subsiguiente de cuatro Misioneros, fue atribuído por los cronistas fernandinos, como Fr. Francisco Palou, al nuevo sistema o nuevos métodos misioneros que las autoridades civiles impusieron entre los indios yumas contra las experiencias y reglamentos tradicionales. El acontecimiento se presta a una instructiva tesis doctoral sobre los diversos sistemas de reducciones de indios en torno a las figuras de cualquiera de estos mártires, del navarro Fr. Juan Antonio Barreneche o del riojano Fr. José Matías Moreno. Algunos materiales contemporáneos, en que los protagonistas discuten expresamente las diversas metodologías misioneras, los he dado a conocer en parte en la biografía de Fr. Pablo José de Mugartegui...

Pero aquí no voy a hacer teoría, sino que me limito a evocar las circunstancias históricas en que cuatro frailes de la Orden franciscana sellaron con sangre heroica su difícil apostolado entre los indios yumas de las riberas del Río Colorado.

#### FRAILES RIOJANOS AL CONVENTO DE QUERÉTARO

Uno de estos mártires fue el P. Fr. José Matías Moreno, natural de Almarza, en Logroño, hijo de hábito de la Seráfica Provincia Franciscana de Burgos, afiliado desde 1769 —año en que Fr. Junípero Serra iniciaba su epopeya de la Alta California— al Colegio de Misiones de la Santa Cruz de Querétaro.

Los Colegios de Misiones ejercían una fascinación irresistible sobre los espíritus generosos. No fue solo Fr. José Matías Moreno. También otros frailes riojanos se incorporaron en la misma centuria al célebre Seminario Apostólico de Querétaro. El P. Fr. Diego Bringas de Manzaneda menciona particularmente los siguientes nombres: Fr. Domingo Moreno, natural de Tricio, que pasó primero de la Provincia de Burgos a la de Zacatecas, y luego al Colegio de la Santa Cruz de Querétaro,

donde murió el 18 de Marzo de 1738 después de 35 años de servicio en dicho centro Misionero.

Fr. Joaquín Benito Baños, natural de Nájera, que murió también en Querétaro, a los 69 años de edad, el 8 de abril de 1784, cuatro meses antes de Fr. Junípero Serra, después de haber sido Maestro de Novicios, Discreto y Guardián del Colegio y Misionero entre los infieles de Sonora.

Fr. Diego Ximénez Pérez, natural de Soto de Cameros, en el Obispado de Calahorra, que murió igualmente en Querétaro en septiembre de 1786, después de 43 años de fervoroso apostolado.

Y a la periferia inmediata de Logroño pertenecían asimismo Fr. Esteban de Salazar, natural de Cascajares de Bureba, que, después de ejercitar su celo en Texas y Sonora durante cerca de 50 años, murió en Querétaro, a los 77 años de edad, el 6 de agosto de 1797; y Fr. Juan Sáenz de Gumiel, natural de Mendavia, en la Rioja navarra, «Misionero por ocho años entre los Texas, Guardián dos veces de este Seminario [de Querétaro], celosísimo y famoso Misionero por toda esta Nueva España, hombre de corazón recto y sincero, amado de todos por su don de gentes», el cual se ejercitó en el ministerio sesenta años casi completos, y murió a los 83 de edad, el 11 de marzo de 1807.

Fr. José Matías Moreno podía, pues, encontrarse en Querétaro y en las misiones encomendadas al celo apostólico de sus moradores con varios paisanos suyos, que le habían precedido en la prosecución de los mismos ideales. A punto de embarcar para su nuevo destino, mientras se dirigía al puerto andaluz donde le esperaba la nave, escribió desde Madrid a su hermana una carta fechada el 26 de marzo de 1769:

*Hermana carísima: Si siempre has sido cooperadora de mis santos deseos, como en mi resolución de tomar el hábito lo fuiste, y, por tanto, siempre debo estarte agradecido, nunca más debo estimarte que ahora, en que por la carta que D. Miguel me escribe veo que con tus avisos me instruyes y con tu gozo me alientas. Nunca, a la verdad, esperaba otra cosa de tu prudencia, virtud y amor que me profesas, ni yo cumpliera con las obligaciones que te tengo si no te declarara el fin, el colegio y los motivos de mi vocación, y así te digo que únicamente me destierra de nuestra Patria, me aparta de mis padres, me enajena de mis parientes y conocidos, el celo de la fe, la conversión de las almas y las ansias del martirio. Ha sido larguísimo el tiempo que he estado batallando con estos de-*

seos; proponíame el amor propio y la propia conveniencia, la estimación que podía tener en la propia provincia, los empleos de lector y otros honoríficos que podía esperar en ella, los frutos que podía sacar con mi predicación y ejemplo, y la poca robustez que tenía, el desconsuelo de mis padres, los trabajos de un tan largo camino y los peligros de un mar inconstante; motivos que por mucho tiempo me impidieron escribirte; pero, no hallando descanso ni pudiendo echar de mí los deseos de la dilatación de la fe y el ansia del martirio, y hallando ser todo sofisterías del amor propio, me resolví a escribir se me admitiese, y fue tan grande el gozo que tuve al recibir la patente, que, haciendo un mes que no dormía una hora, la pasé con mucho sosiego; y fue tal la alegría, que muchos me dijeron que tenía alguna buena noticia. Mas ¿cómo podía ser otra cosa donde la guarda de nuestra seráfica regla y la regular disciplina son sumamente rígidas y fáciles, y las ocasiones de plantar la fe de Cristo y padecer martirio continuas? Porque, hermana mía, en el dicho colegio somos todos iguales. El P. Guardián va a todas las horas de coro y demás actos de comunidad, como el más ínfimo, hasta Maitines, que son indispensablemente a media noche; la oración de comunidad dura dos horas, una a Completas y otra a Maitines, de los que se sale a las dos y media; el retiro es tanto como en el convento más recoleto porque ninguno puede hablar ni entrar en la celda de otro sino el día de asueto y entonces en lugares determinados. La abstracción de los seglares es grande, pues no entra seglar en el convento ni sale de él sino a confesar, y entonces quien determina el Prelado. A todos se les da cuanto necesitan, sin que haya diferencia alguna en el Guardián ni otro con el más ínfimo, y, en fin, es facilísima la observación de la regla y muy difícil su transgresión, y los trabajos muy tolerables, siendo el Guardián el primero en ello.

Las ocasiones de dilatar la fe de Jesucristo y padecer martirio, que tanto desearon Nuestro Padre San Francisco, San Antonio y otros, o casi todos los santos de la religión, contempla cuántas serán en 28 misiones que tiene el colegio entre las bárbaras y remotas regiones de los Tejas y la Sonora, donde son muchos los que han muerto con la palma de los mártires y grandes las conversiones.

Es verdad que es mucho el trabajo de hambre, sed, calores intolerables y caminos; pero ¿qué es esto en comparación de lo que costaron a Cristo aquellas almas (que, si no hubiera

*algunos que se animaran a su espiritual conquista, caerían infaliblemente en los brazos de Satanás) y de los beneficios que yo le debo? Y así, encomendándome a Dios para que me dé fuerzas para llevar estos y los trabajos de la embarcación para que ésta sea feliz, y para que me dé salud y la gracia necesaria para tan sano empleo, consuela a mis padres a quienes ya he escrito.*

*Madrid, marzo, 26 del 69. Tu hermano de corazón, Fr. José Matías Moreno».*

#### PROTAGONISTAS DE UNA EPOPEYA MARAVILLOSA

Los cronistas en general, y concretamente Fr. Diego Bringas de Manzaneda, ponderan con expresiones admirativas las proezas de estos heraldos del Evangelio. Eran frailes animados de un alto espíritu misionero. El fundador del Colegio de Misiones de Querétaro, Fr. Antonio Llinás, anticipándose al conocido cartel paradójico de propaganda vocacional para las Misiones, decía a sus primeros reclutas: *«A lo que van a las Indias es a padecer trabajos. Lo que yo les ofrezco son espinas, no conveniencias. Si a esto se resuelven, vamos; y si no, libertad tienen para volverse a sus provincias».*

Era natural que estos Seminarios Apostólicos de Propaganda Fide colocaran como en un cuadro de honor a los Misioneros que sellaban su apostolado con el sacrificio sangriento de sus vidas. El Colegio de la Santa Cruz de Querétaro presentaba en 1781 una lista gloriosa de ocho Mártires ejemplares.

1. Fr. Francisco Casañas de Jesús María, natural de Barcelona, sacrificado por los apaches de Nuevo México, en San Cristóbal de Jemez, el 4 de junio de 1696, como protomártir de Propaganda Fide en América.

2. Fr. Pablo de Rebullida, natural de Fraga, martirizado por los urinamas de Costa Rica, juntamente con Fr. Antonio de Zamora, el 17 de septiembre de 1709.

3. Fr. Juan Crisóstomo Gil de Bernabé, natural de Alfambra, muerto a manos de los indios seris, «sobre la costa del Mar Rojo de California», como protomártir de Sonora, el 7 de marzo de 1773.

4. Fr. Felipe Guillén, natural de Piles, en Valencia, que estuvo dos años en Texas y seis en Sonora, donde fue martirizado el 27 de abril de 1778.

5 y 6. Fr. Juan Marcelo Díaz o Vázquez, natural de Alájar, en Huelva, y Fr. José Matías Moreno, natural de Almarza, en

Logroño, muertos en San Pedro y San Pablo de Vicuña, el 17 de julio de 1781.

7 y 8. Fr. Francisco Tomás Hermenegildo Garcés, aragonés, de Morata del Conde, y Fr. Juan Antonio Barreneche, navarro, de Lecároz, sacrificados por los indios yumas, en la Misión de la Purísima Concepción del Río Colorado, el 19 de julio de 1781.

#### DESTAQUEMOS LA FIGURA DE FR. JOSÉ MATÍAS MORENO

«Si os he de dar a conocer al V. P. Fr. José Moreno, —dice, elevando el tono, Fr. Diego Bringas de Manzaneda—, veréis un mancebo fervoroso, que a los diez y siete años se desprende del mundo, y, dejando el lugar de Almarza, donde había visto la primera luz, pasó a vestir nuestro sayal en Logroño, en la santa provincia de Burgos; veréis un joven, en quien vivía de asiento la modestia y la humildad, una conversación dulce y una política santa, sobre un entendimiento enriquecido con un gran caudal de conocimientos filosóficos y teológicos; pero veréis un juicio sólido, un desengaño sabio y una resolución heroica, con que, a los veinte y cinco años de su edad, cuando le sostenían las esperanzas más lisonjeras, cuando se merecían sus talentos los primeros aplausos entre sus cohermanos, y cuando debía ocupar la cátedra, se desata de los amorosos brazos de sus padres, sacrifica el amor de su hermana, y por último se traslada a este Seminario para sostener su regularidad con una constancia firme. Yo no podré informaros mejor del objeto que inflamaba su corazón, que con estas palabras suyas, escritas con la sencillez propia de quien comunicaba privadamente sus íntimos sentimientos a una hermana: «Únicamente (le decía) me desierra de nuestra Patria, me aparta de mis padres, me enajena de mis parientes y conocidos, el celo de la fe, el deseo de la conversión de las almas, y las ansias del martirio». Este era, señores, el imán del corazón del V. P. Moreno: este espíritu le condujo por medio de seiscientas leguas de camino por tierra, a la Provincia de Sonora; y cuando se trataba de poner Ministros en las nuevas fundaciones del Colorado, *cecidit sors super Matthiam*, cayó la suerte feliz sobre Fray José Matías Moreno; y después de nueve meses de fatigas entre los bárbaros, expiró a manos de ellos, cortada la cabeza, sin que aquellos infieles hiciesen este género de sacrificio con otra persona de las muchas que mataron inhumanamente. Así satisfizo el Señor las ansias de este ilustre Misionero en la florida edad de treinta y siete años, consumidos los veinte en la Religión, y doce en el apostólico ministerio».

### ENTRE LOS INDIOS YUMAS

Pero detengámonos un poco a orillas del Río Colorado.

Eran los tiempos de la metódica y próspera cristianización de la Alta California por Fr. Junípero Serra y sus colaboradores. Y desde que los Misioneros del Colegio de San Fernando de México pusieron en marcha las fundaciones de San Diego y San Carlos de Monterrey, se pensó en abrir una ruta terrestre entre las Misiones de Sonora y California a través de Nuevo México. Y fue el Capitán Anza quien llevó a feliz término la trascendental aventura, acompañado del inteligente cosmógrafo Fr. Pedro Font y de los colosales exploradores apostólicos Fr. Francisco Hermenegildo Garcés y Fr. Juan Marcelo Díaz, dejando expedito el camino para fundar dos nuevas Misiones, a cargo de los Misioneros de la Santa Cruz de Querétaro, en el punto más estratégico de la citada ruta terrestre, entre los indios yumas, a orillas del Río Colorado.

Y por fin, en 1779, se realizaron las fundaciones proyectadas con nuevos métodos, a los que los frailes sólo por fuerza mayor se resignaron y que iban a culminar en un brillante desastre. Una de las Misiones se llamó de la Purísima Concepción y la otra recibió el título de San Pedro y San Pablo. Estaban situadas —con las colonias anejas de españoles— «a distancia de tres leguas la una de la otra, y las dos a este lado del río —escribe el P. Palou desde California—, en el rumbo que mira a estos establecimientos de Monterrey». Y los frailes señalados para la conversión de los indios fueron Fr. Juan Marcelo Díaz, el de Alájar, con el riojano Fr. José Matías Moreno, natural de Almarza, para la de la Purísima Concepción, y el P. Garcés, con el navarro Fr. Juan Antonio de Barreneche, natural de Lecároz, para la de San Pedro y San Pablo. Y se tenía confianza en el éxito, entre otras razones, porque «el dicho P. Garcés era muy querido de los indios y había vivido mucho tiempo con ellos sin compañero y sin soldados, sin haberle hecho lo más mínimo, antes bien lo estimaban entrañablemente y lo mantenían con sus comidas silvestres, que comía con tanto gusto como los mismos gentiles, conocido de ellos por el «*Viva Jesús*», que era su salutación ordinaria con los indios y hacía que ellos así se saludasen».

En un principio, la disposición de los indios yumas era buena y favorable para con el Evangelio, por lo que daban a gusto sus niños a los Misioneros para que los bautizaran, aunque los adultos, por su indolencia y por no dejar sus vicios, tuvieran ma-

yor dificultad en hacerse cristianos. «Cuando les hablamos —escribe Barreneche el 26 de noviembre de 1780— acerca del Bautismo y que han de rezar primero para bautizarse, suelen venir algunos a rezar algún día y, después de pasados muchos otros días, suelen volver, y otros ni vuelven más a rezar; pero en cuanto a los párvulos, los más los ofrecen al Bautismo. Así en lo que toca a los párvulos de los infieles de esta nación yuma, todos o los más se hubieran bautizado», etc. Y la misma afición al Evangelio existía también en las tribus circunvecinas. «También se hallan otras naciones, como son los cajuenes, ali-cuemayes, cucapas, jalchedones, jamajavas, cocomaricopas, deseando todos Ministros para que bauticen a sus párvulos y catequicen a los grandes». Pero había un gran obstáculo para hacer labor fructífera. «Los infieles de esta nación yuma están muy esparramados por todo el contorno del río Colorado, por distritos de como ocho leguas a nueve, una casita aquí, otra acullá..., y así, si no da el Rey la providencia de que se junten en dos o cuatro pueblos, estos yumas no se podrán catequizar... Y aunque ponga [el Rey] ocho Ministros para esta nación solamente, en el modo que se halla tan esparramada, será muy dificultoso el que se catequicen con la facilidad que lo hacían en Texas».

El P. Barreneche se mostraba en cartas sucesivas cada vez más animado y optimista, si bien no deja de insinuar que el cacique Palma, tan solemnemente bautizado en México, tampoco está satisfecho del modo cómo van las cosas. «La reducción —escribe el 16 de enero de 1781— ha tenido sus altos y bajos, pero en el día, gracias a Dios, va prósperamente, aunque no como se pensaba, porque Palma y los regalos de México nos han hecho más daño que provecho».

De hecho, los indios se mostraban pacíficos, «y no hicieron resistencia, sino al parecer se alegraban de la vecindad de los nuestros; pero, como los Padres Misioneros no tenían con qué atraerlos ni congratularlos, ni que tratar mucho con ellos, se dificultaba su reducción; si bien, no obstante, no dejaban los gentiles de frecuentar los dichos pueblos, pero sólo de paso, a hacer sus tratos y cambalaches con los soldados y pobladores, como también por el interés de conseguir alguna ropa a trueque de maíz, que ellos cogían alguno en las orillas del río, aunque no es cosa mucha, pues se mantienen, como los demás gentiles, de semillas silvestres. No obstante lo dicho, con esta comunicación y ayuda de un buen intérprete, lograron el bautizar algunos,

aunque pocos, y como éstos no vivían en los pueblos, sino en sus rancherías con los gentiles, con la misma libertad y costumbres de ellos, se arrimaban muy poco a la Misión a rezar, viéndose precisados los Misioneros de ir a buscarlos por las rancherías y estar con ellos algunos días para rezar la doctrina y enseñarles algo y para atraerlos a que fuesen a Misa los días festivos, costando lo dicho mucho trabajo y desazones».

#### LA GLORIOSA TRAGEDIA

En esto, llegó al Río Colorado el Capitán don Fernando de Rivera y Moncada, que, con su proceder desconsiderado, acabó de provocar el incendio. El Capitán Rivera, que era a la sazón Teniente del Gobernador Neve en la Baja California, había pasado a Sonora, a requerimiento del Comandante General don Teodoro de Croix, para reclutar soldados y pobladores destinados a las colonias de españoles del Colorado y California; y al arribar al Colorado con su caravana, de paso para San Gabriel, «reparando que la caballada y mulada llegó la mayor parte flaca y enferma», quedó en dicho puesto con un sargento y seis soldados, mientras el resto de la expedición, «convoyada de un alférez y nueve soldados veteranos de uno de los presidios de Sonora», seguía su marcha hacia California.

Fue entonces cuando alcanzó su clímax la «gran ojeriza de los yumas contra los españoles», de modo que «resolvieron echarlos, no sólo de su tierra, sino del mundo, acabando con ellos, para quedarse con la caballada, de que son muy codiciosos». Y un domingo, a mediados de julio, «acabada la Misa última, a un mismo tiempo cayeron en ambas poblaciones — de San Pedro y San Pablo, y de la Purísima — muchísimos gentiles que quitaron la vida al Comandante, al Sargento y a todos los soldados y vecinos, menos unos pocos que se pudieron esconder. Y a los cuatro Padres Misioneros, que, en cuanto vieron el estrago, empezaron a ejercer su ministerio apostólico, confesando a unos, ayudando a otros a morir con fervorosas exhortaciones, quitaron con mayor crueldad la vida en el actual ejercicio de la caridad».

Según las informaciones jurídicas recogidas sobre el terreno por el Teniente Coronel don Pedro Fagés, que acudió con tropa al Colorado por el mes de diciembre, el asalto de los indios tuvo lugar desde el 17 al 20 de julio. El 17 mataron los yumas a los PP Fr Juan Marcelo Díaz y Fr. José Mafias Moreno, Ministros de la Misión de San Pedro y San Pablo, y el 19 sacrificaron a

los PP. Fr. Francisco Garcés, y Fr. Juan Antonio de Barreneche, que tenían a su cargo la otra Misión de la Purísima. «En cuanto al tercero —se hace constar en una información jurídica de dicho año— digo que como a las diez de la mañana del día 19 de julio de 1781, a palos dieron muerte a los RR PP. Fr. Francisco Garcés y Fr. Juan Barreneche; y lo mismo ejecutaron el día 17 de dicho mes y año, como a las ocho de la mañana, con los RR. PP. Fr. Juan Díaz y Fr. José Matías Moreno, y a éste, después de muerto le cortaron la cabeza».

FR. IGNACIO OMAECHEVARRIA

